

ECONOMIA SOCIAL Y ECUMENISMO
FACULTAD DE CS.ECONOMICAS-UBA- JUEVES 27 DE Mayo de 2004
Dra.Cristina Calvo¹

Introducción

En primer lugar quiero manifestar mi agradecimiento y mi alegría por encontrarme aquí entre ustedes en este Seminario destinado a promover e instalar la reflexión sobre cuestiones relativas a la economía social, a la cooperación y el diálogo ecuménico e interreligioso , reforzando los fundamentos morales y espirituales de nuestra sociedad y promoviendo un encuentro pacífico entre las culturas, las civilizaciones y las religiones. Cuando me propusieron una intervención bajo este título me alegré profundamente precisamente porque hoy a nivel mundial estamos viviendo una profunda crisis de valores.

Nunca como en esta hora del mundo, creyentes y responsables de todas las religiones sentimos la necesidad de trabajar por el bien común de la humanidad. Organizaciones como la Conferencia Mundial de la Religiones por la Paz o iniciativas como la Jornadas promovidas por Juan Pablo II en Asís, son una prueba de ello. En esa ocasión el Papa había afirmado, en nombre de todos los creyentes, que "quien utiliza la religión para fomentar la violencia, contradice la inspiración más auténtica y más profunda" , y que "ninguna finalidad religiosa puede en absoluto justificar la violencia del hombre contra el hombre", porque "ofender al hombre es en definitiva ofender a Dios".

La tragedia del 11 de setiembre, del 11 de marzo en España y las heridas todavía abiertas de la guerra en Irak, las situaciones de tensión en Palestina y en muchos países, el conjunto de peligros que amenazan la paz tales como: la pobreza de millones de excluidos , el poder de la manipulación genética y las alteraciones del equilibrio ecológico, denuncian la excepcional seriedad del momento en el cual se encuentra hoy la humanidad. Estamos frente a una encrucijada, y nos toca a nosotros encontrar el camino justo.

La mayor amenaza para la paz es el insostenible sufrimiento ante un mundo donde es cada vez mayor la diferencia entre ricos y pobres. Existe la exigencia de una mayor solidaridad y, sobre todo de una distribución de los bienes más equitativa. Pero, como sabemos bien, los bienes no se mueven por sí solos, se necesita mover los corazones de las personas y, con éstas, llegar a los cambios estructurales.

¿ Y de quién, sino de las grandes tradiciones religiosas, podría partir una estrategia de fraternidad, capaz de generar un vuelco que llegue incluso en las relaciones internacionales?

Desde hace unos años ejerzo la Coordinación de Caritas que, como muchos de ustedes saben, es una de las instituciones dedicadas a la atención de los más pobres que goza de mayor credibilidad en la Argentina. En este momento acompañamos a alrededor de 3 millones de personas mediante acciones de ayuda inmediata, ante emergencias, iniciativas contra el desempleo, vivienda, educación, centros de atención integral, formación como ciudadanía responsable y hacia el compromiso cristiano en lo político y social.

También desde enero del 2002, coordino la Mesa del Diálogo Argentino, espacio plural que mediante la amplia participación de la sociedad busca contribuir a la reconstrucción de las bases de la convivencia social frente a la profunda crisis político-institucional, económica y social que sufre la República Argentina. Debemos recordar que en diciembre del 2001 la Argentina sufrió la peor crisis de su historia con un colapso del Estado inédito en su historia y el peligro de guerra social inminente.

Pero además de estas tareas actuales debo decir que mi pertenencia desde hace más de 20 años al Movimiento de los Focolares, animado por Chiara Lubich a través de la "espiritualidad de la unidad" me ha dado la clave para llevar adelante en todos los frentes una experiencia de diálogo, y así en contacto con personas de todas las razas, culturas, religiones - manteniendo cada uno nuestra identidad – ser capaces de encontrarnos y entendernos como hijos de un único Padre y hermanos entre todos, a través del "diálogo de la vida", el "diálogo del pueblo".

A partir de esta invitación una de las primeras preguntas que se me presentó es ésta: ¿ Por qué llegado un momento una sociedad se plantea la necesidad de que la economía de respuestas profundas a las cuestiones sociales, a la pérdida de las condiciones de dignidad humana?

Y por eso, en este ámbito y junto a este interrogante quiero afrontar el tema de la dimensión ético-religiosa dentro de las ciencias humanas y, por consiguiente, de la economía. Un conjunto de interrogantes para luego intentar una respuesta desde la economía social.

Hoy, ¿qué puede ofrecer la dimensión ética y religiosa al estudioso de cuestiones económicas?

Y ¿ por qué es importante considerar esta dimensión ? Porque mientras carezcamos de códigos de comportamiento moral en el ámbito económico siempre estaremos desprovistos y en desventaja cuando llega el momento de traducirlos en términos de programas que impliquen una práctica y un compromiso .

Relación entre dimensión ético-religiosa y economía

¿Cuál es el tipo de relación que existe entre la dimensión ética y religiosa y economía?

Haciendo abstracción de la multiplicidad de respuestas individuales, dos son las posiciones que podemos examinar.

Por un lado, la que considera que la conciencia religiosa debería funcionar como matriz dentro de la cual la economía se constituye como disciplina científica y de la cual obtiene pruebas de sus propias teorías.

Por el otro lado, la posición de quienes – y son hoy la mayoría – piensan que lo máximo que puede y debe ofrecer al economista la dimensión moral es lo siguiente: proponer criterios de selección para priorizar el estudio de ciertos problemas económicos o también, dotar de líneas-guía acerca de la utilización práctica de los resultados a los cuales ha llegado la investigación económica. Pero, durante el proceso de construcción del saber económico, el horizonte cultural ofrecido por la religión es, de hecho, irrelevante, aún más, se lo deja celosamente de lado.

Para dar un ejemplo. La perspectiva religiosa puede sugerir que, en un particular momento histórico, es más urgente dedicarse a estudiar el problema de la desocupación antes que el de la inflación, o bien puede indicar de qué manera se tiene que repartir una cierta cantidad del PBI de un país entre los ciudadanos pertenecientes a las distintas clases sociales. Pero el modo por el cual se llega a elaborar esa particular teoría del mercado del trabajo y la manera en la que se trata de explicar el proceso generador de ese particular volumen del PBI son indiferentes respecto de las opciones de valor que emanan de la conciencia religiosa.

Las dos posiciones son inaceptables por motivos diversos.

La primera porque negaría la autonomía de la ciencia económica, una autonomía que la misma doctrina social cristiana considera una conquista importante y un valor a preservar. (No hay que olvidarse que, desde Aristóteles hasta el siglo XVIII, la economía es considerada una parte de la filosofía práctica, privada de un estatuto autónomo).

La segunda posición es también inaceptable por una razón más sutil que conviene explicitar.

Se trata de esto. Con el desarrollo del pensamiento neopositivista se difunde la tendencia a considerar al saber producido por la economía como un saber libre de funciones orientadoras.

El saber económico no acompaña y guía las acciones de los que toman decisiones sino que ve las acciones humanas de la misma manera que el físico ve y prevé el movimiento de la naturaleza.

La afirmación del carácter "neutral" como criterio de demarcación de las ciencias, una vez unido a la idea de que sólo éste último puede decirse rigurosamente racional, lleva a concebir a la neutralidad como carácter inherente y esencial a la razón económica. Como diciendo que, para ser científico, el economista no puede comprometerse con juicios de valor.

El alejamiento que, de este modo, se produce entre razón y decisión resulta incolmable. La razón científica no se tiene que meter con los fines. De aquí la difusión de actitudes relativistas, y hasta escépticas, entre no pocos economistas, incluso entre quienes se declaran creyentes.

El malestar por esta ausencia de orientaciones morales y éticas está a la vista de todos, sobre todo por parte de los economistas que se interrogan sobre el sentido de los resultados de su práctica científica.

No es difícil darse cuenta.

Si se piensa en la economía como en uno de los modos – no ciertamente el único – de aumentar nuestra capacidad de comprender los acontecimientos del mundo social y de tratar de mejorarlo modificando determinadas cuestiones, el economista no puede autodelimitar su radio de intervención solamente a cuestiones de eficiencia. Y sobre todo no puede fingir el ignorar que cuanto más amplio se vuelve el alcance de las decisiones a tomar, tanto más se hace necesaria la tarea de explicitar los criterios de valor sobre cuya base hace las elecciones.

Todavía muchos economistas, frente a la pregunta si el conocimiento económico debe ser juez de los objetivos que persigue o un mero ejecutante de técnicas, responden eligiendo lo segundo. Es la respuesta del escepticismo científico. Y bien, hoy sabemos que la razón científica, puede desarrollar una función fundante de los valores, como diciendo que, valores y conocimiento científico no necesariamente tienen que oponerse entre sí.

Está a la vista en cual magnitud esta "escepticismo científico" fue perjudicial para la comprensión de los nuevos problemas de naturaleza económica de la post-modernidad y sobre todo cuánto ha contribuido a que la conciencia moral y religiosa se ejercitara solamente en ambientes éticos, como remedio, por otra parte gratuito, a la insuficiencia del estado o del mercado.

Pienso que la contribución específica de la dimensión moral y religiosa, antes que en la inspiración de teorías económicas y antes que en la enunciación de normas morales de comportamiento, se encuentra en la oferta de un horizonte hermenéutico capaz de provocar un cambio en las categorías de pensamiento sobre las cuales se sostiene el actual discurso económico.

Hacia un cambio de ruta

Hoy está muy difundida entre los estudiosos de economía la sensación de que es necesario un radical cambio de ruta, otro modelo, aunque si aún no es claro cuál tiene que ser la dirección hacia dónde moverse.

En la literatura de los últimos años son cada vez más insistentes los requerimientos de una ampliación en el horizonte hasta el cual llega la investigación económica. Y esto es consecuencia justamente del darse cuenta que, el instrumento que usa el economista, nunca es separable del objeto que estudia.

De hecho, adoptar determinados instrumentos y no otros equivale a enfatizar u ofuscar un cierto modo de comportamiento en lugar de algún otro.

Las teorías económicas no son instrumentos neutrales de conocimiento del comportamiento humano, desde el momento en que éstas inducen de algún modo a determinados comportamientos en los hombres.

No transmiten solamente resultados de experimentos o de simulaciones; son, de alguna manera, instrumentos de modificación del orden existente. Por ejemplo, si un meteorólogo se equivoca en las previsiones del tiempo, el tiempo no se ve modificado, pero si el economista dice que es racional el comportamiento puramente individualista esta teoría contribuye a crear cada vez más agentes económicos individualistas.

En este preciso sentido es ilusorio seguir creyendo en la neutralidad del saber científico en el campo económico.

Por esto la economía no puede tener una existencia útil separada de los valores.

Reconceptualización del discurso económico

Soy de la idea que la contribución más significativa que tal perspectiva hoy puede dar a la reconceptualización del discurso económico está en la superación del reduccionismo estéril en el cual se ha estancado gran parte de la manera corriente de hacer teoría económica.

Voy a referirme a 4 formas específicas de este reduccionismo:

1) las relaciones humanas se redujeron a meras relaciones de intercambio de equivalentes. Sin embargo, el universo económico está hecho de diversos mundos en cada uno de los cuales prevalece un específico tipo de relaciones, como por ejemplo, conjuntamente con las relaciones de intercambio se encuentran presentes de una manera muy determinante las relaciones de reciprocidad o pro-sociales. Basta citar la sociedad civil con dentro su economía civil organizada en: la economía familiar, la economía popular, los microemprendimientos, las experiencias de autoconsumo, de gestión de microcréditos, la cooperativa, el mutualismo, hasta verdaderas formas de empresa privada como la banca ética y las empresas sociales como las del proyecto internacional "economía de comunión".

2) la esfera de la racionalidad se ha reducido a la de la calculabilidad. Esta considera válido sólo lo cuantificable y no podrían entrar en esta esfera las relaciones interpersonales o pro-sociales (como las mencionadas en el punto anterior), es decir las que se dan entre sujetos social y culturalmente predispuestos a entrar en una red de relaciones reguladas por una lógica distinta de la de intercambio de equivalentes.

3) una tercera forma de reduccionismo es la que se expresa en el modo, hoy corriente en economía, de tratar la "confianza": ésta que es una relación, se ha reducido a "reputación", que es un bien patrimonial como muchos otros. Un sujeto económico invierte en reputación sobre la base de un preciso cálculo de conveniencia: me conviene "sacrificarme" para adquirir un buen nombre (interés personal) o un cierto prestigio y obtener ventajas económicas (aumento de mi capital) . Pero esto no tiene nada que ver con la "confianza" que, en cambio, postula la referencia a un acto gratuito de fe en el otro. ¿Qué es lo que encontramos como base de esta identificación equivocada entre confianza y reputación ? La base errada es el considerar que la única motivación del comportamiento económico es el auto- interés, el propio provecho personal.

Buena parte de los problemas de orden social que hoy afligen a nuestras sociedades encuentran su explicación aquí: el haber hecho creer ilusoriamente a gobernantes, hombres de cultura y al ciudadano común que se podía dejar de lado a la "confianza", considerada como un residuo de épocas culturales pasadas, y acá entra todo el tema de la cultura de la corrupción, el clientelismo, la pobreza ética que es más grave que la pobreza estructural y de la cual está enferma nuestra sociedad en todos sus niveles.

4) finalmente, una última forma de reduccionismo, es la que en cierto sentido sintetiza las otras 3 precedentes, y es: la felicidad reducida a la utilidad. ¡Y pensar que en los primeros años del siglo XIX la economía era definida la ciencia de la felicidad ! Palmieri en 1805 escribía: "*Entre todos los seres, el hombre es lo más útil para el hombre. El no puede esperar que otros bienes le den lo que solamente puede obtener de sus iguales ...*" Otros economistas como Muratori, Verri, Sismondi escribían: "*El aumento de la riqueza no es la finalidad de la economía política, sino el medio de la cual ella dispone para tratar de dar a todos la felicidad.*"

Como sabemos, es con la revolución marginalista del 1870, que el implante filosófico del utilitarismo entra con fuerza en el discurso económico y... ¡¡ desde entonces no salió más !! La idea de base de este implante es que

“lo máximo siempre conduce a lo mejor”, lo cual definiría la regla práctica en base a la cual para ser felices lo que hay que hacer es tratar de maximizar la utilidad.

Pero se sabe que la utilidad es una propiedad de la relación entre el hombre y una cosa (comprendiendo también al hombre tratado como una cosa) mientras que la felicidad es una relación entre personas. Tan es así que se puede maximizar la utilidad estando solos; pero para ser felices es necesario ser, por lo menos, dos. Robinson Crusoe puede maximizar su self-interest por sí solo, pero para ser feliz tiene necesidad de su compañero Viernes. No hay felicidad fuera de la vida en sociedad.

Es así que, por haber desalojado del discurso económico la categoría de la felicidad por la de la utilidad, la economía se ha vuelto la “ciencia triste”, como hoy en muchos casos se la define.

Diría Kant: “ ¿ Qué puedo esperar ?”

Una de las preguntas fundamentales de la filosofía según Kant es: “¿Qué puedo esperar?”

Para que la pregunta tenga sentido hay que afirmar que la vida no tiene un valor puramente instrumental, de “técnica”. El horizonte del utilitarismo es demasiado angosto para que en su interior pueda tener sentido el hablar de felicidad y, sin un enganche con el tema de la felicidad, ni siquiera se puede hablar de esperanza.

Aquí está, en definitiva, la explicación de para qué puede servir hoy la perspectiva religiosa en economía: para recomponer lo que el reduccionismo ha separado y fragmentado.

Toda búsqueda implica responsabilidad y riesgos. En las ciencias sociales éstas son, en primer lugar, morales.

Desde siempre la ciencia guía la acción: las disposiciones sociopolíticas de nuestra sociedad se basan también sobre teorías económicas y hacen de su carácter científico un motivo de legitimación. También la economía, entre las ciencias sociales, tuvo su parte de responsabilidad en los crímenes del colonialismo, del racismo y, hoy, de una cierta penetrante cultura de la desesperación.

Hoy, en términos de discurso económico esto significa que el nudo a desatar no es tanto el de la elección de los medios más idóneos para conseguir un fin determinado o prefijado sino más bien el de la elección del fin mismo entre aquellos posibles.

Nos encontramos en la necesidad de disponer de un criterio que vuelva a instalar la dimensión de los valores.

Verdaderamente, si en la economía el problema fuera solamente un problema de elección entre distintos medios escasos, entonces la solución tendría que encontrarse en la técnica económica o ingenierística. Pero cuando el problema, en cambio, es de elección entre fines distintos – por ejemplo entre modelos de desarrollo o estilos de vida diferentes – el recurso de la técnica, aunque sea la más sofisticada – es una condición necesaria pero no ciertamente suficiente. En este caso es inevitable afrontar el núcleo de la cuestión: los valores que son indispensables para el hombre.

Y bien, cuando se afronta ese núcleo de la cuestión, inevitablemente llegamos a la referencia de la dimensión trascendente del hombre, de un horizonte distinto al de la pura razón económica, capaz de ofrecerle una dirección y un sentido.

Un “giro copernicano” en las ciencias sociales

Entonces, ¿ a qué nos referimos cuando hablamos de que es necesario repensar el núcleo de la cuestión económica en función de la centralidad del hombre como persona y en su dimensión trascendente?

En el surgimiento de un nuevo paradigma no sólo económico-social sino cultural comparable con el “giro copernicano” que significó una revolución en las ciencias naturales y el paso de la premodernidad a la modernidad.

Copérnico no inventó nada simplemente puso las cosas en su lugar, dijo no es la tierra sino el sol el que está en el centro del sistema y, a partir de ahí, cambió toda la visión de las ciencias naturales.

Las ciencias sociales y económicas buscan por todos los medios el paradigma que permita en los comienzos del siglo 21 vencer la cultura del crecimiento de las ambiciones personales, del exceso de autonomía del individuo y de los grupos elitistas que no tienen en cuenta el bien de otras personas, de la rivalidad crónica que muchas veces genera violencia, de la creciente desproporción entre una franja de personas que se enriquecen de modo injusto y muchas otras relegadas a los márgenes de la miseria.

Si Copérnico, simplemente poniendo las cosas en su lugar, marcó el paso de un momento de la historia a otro momento de la historia, también nosotros pasando de la centralidad del sujeto individual hacia la centralidad del “nosotros ético-histórico” marcaremos un cambio epocal en la refundación de lo ético, lo social, lo político, lo económico según el sentido comunitario y personalista de la vida tal como lo concibe el Evangelio.

La única alternativa frente a la desintegración social es la solidaridad humana en todos los niveles.

Es necesario proponer un programa para la edificación de la integración social que muestre a la gente nuevas dimensiones psicológicas, sociales, económicas y también morales y espirituales.

Un programa que no "sacralice" herramientas que hoy se ha visto cuánto mal han hecho en todo el mundo como: ajustes estructurales, desempleo, achicamiento del estado, privatización descontrolada, restricciones en el comercio internacional, etc. , que al fin y al cabo hay que someter continuamente a examen y evaluar si ayudan a promover la dignidad del hombre, a su felicidad – que esta sí es la clave de lectura fundamental - o, por el contrario, aumentan la marginación y la exclusión.

Y , desde la promoción humana ¿no habría que repensar las políticas destinadas a mejorar la calidad de vida:

a) definiendo estrategias que combinen el crecimiento económico con la equidad mediante la creación de oportunidades de empleo productivo, estimulando la inversión y el aprovechamiento del trabajo humano, b) invirtiendo generosamente en capital humano, especialmente en educación, capacitación técnica y laboral, salud y vivienda, c) fomentando el desarrollo de la mediana, pequeña y microempresa e impulsando la formalización del empleo y de la actividad económica, d) mejorando el desempeño de las redes de seguridad social asegurando que sus beneficios se proyecten efectivamente a los grupos de menores ingresos o desprotegidos como los ancianos, los discapacitados, e) asegurando que la modernización y la expansión económica sean realizadas de manera compatible con la recuperación y el mejoramiento del medio ambiente ?

La respuesta desde la "economía social"

Dejo en tratamiento aparte la cuestión específica de la economía social porque estamos hablando directamente de la elección de vida de todo un pueblo, de una sociedad, y hasta de la entera humanidad .

La lectura de las distintas experiencias de economía social como se da en todo el mundo: economía de solidaridad, empresa social, la continuidad histórica con las experiencias que ha habido desde las reducciones jesuíticas, los quákeros de la Iglesia de la reforma, la manera de organizarse, las espiritualidades y las comunidades indígenas, las comunidades israelitas, desde el año '91 la experiencia de las empresas de "economía de comunión", están marcando una serie de elementos y pistas que tienen que cooperar en definir cuál es el humus , cual es el sustrato y la matriz cultural a partir del cual hay que refundar un nuevo paradigma en materia económica. Esto no se agota con las investigaciones que están en danza en el mundo... Pero sí se puede compartir la experiencia de muchos centros incluso algunas Universidades que antes fueron paradigmas del pensamiento único.

En la Universidad Boconi de Milán y algunas anglosajonas, grupos de estudiosos están avanzando en este análisis.

Esta economía es *social* porque produce sociedad y no sólo utilidades económicas, porque genera valores de uso para satisfacer necesidades de los mismos productores o de sus comunidades –generalmente de base territorial, étnica, social o cultural- y no está orientada por la ganancia y la acumulación de capital sin límites. Qué es lo que subyace con mayor o menor intensidad? Qué es lo que se puede empezar a entresacar de las experiencias de economía social?

La posibilidad de vivir experiencias de sociabilidad humana, del don, de la reciprocidad, de la capacidad de ir más allá del interés personal en un verdadero ámbito de actuación de la economía.

Es decir que dentro de la actividad económica funcionan - y muy bien - aquellos valores que van más allá de la pura racionalidad instrumental.

La sociedad para funcionar tiene que basarse en tres principios autónomos pero armónicos entre sí:

El intercambio de equivalentes, o contrato

La redistribución de la riqueza

El don, gratuidad o reciprocidad

Estos fundamentos son como una tríada que tiene que invariablemente estar apoyada sobre los tres ejes porque sino, la convivencia no sería posible.

Si pensamos una cooperativa, una organización de economía social o una bodega artesanal... Cuanto más tiene de don, de gratuidad, de reciprocidad, de intercambio de equivalentes o de contrato! Funcionan perfectamente y dan respuestas a las necesidades integrales de la persona. Qué pasa si alguno de estos tres principios no se tiene en cuenta?

Si se elimina el principio del don, de gratuidad o reciprocidad, se puede llegar a tener como ideal tipo el clásico Estado benefactor, del modelo de corte inglés. donde todo lo tiene que hacer el Estado benévolo.

Si se saca el principio de redistribución de la riqueza, se tiene el conocido capitalismo caritativo: Los ricos producen, "negocios son los negocios" (a cualquier precio) y una vez que tienen una masa de riqueza, lo dan a los pobres.

Si se suprime el intercambio de equivalentes, posiblemente se llega al colectivismo extremo, con la anulación de la persona, de la libertad y en términos económicos, incluso el derroche, la ineficiencia y la ineficacia.

Hoy se afirma que la llamada "aldea global" es impensable si no se construye sobre estos tres principios.

Siempre considerando – por supuesto - la identidad cultural, la región, la integración con países de un territorio

del mundo, ya que según esto va a pesar más uno u otro, o según lo que se vaya construyendo por la dinámica que se impone.

Pero necesariamente, en una nueva reformulación de la manera de hacer economía, se reivindica un mercado que vuelve a su identidad originaria de cuando nació en el medioevo: un lugar de asistencia recíproca. La validez del intercambio de equivalentes o el contrato, necesario para una seguridad jurídica institucional y la incorporación en todos los sectores de la actividad económica, social y política con valores intrínsecos a la persona humana como son la capacidad del don, de la relación, de ser solidarios. Con estos elementos manejados a nivel mundial, en contraposición a una globalización que separa y divide, aspiramos a una "globalización de la solidaridad".

Conclusión

Ponernos a hacer una reflexión de este tipo no se trata de una visión ilusoria y romántica sino un enfoque llamado a movilizar las energías personales por razones de fe en el Dios de la vida y de la providencia y no sólo... sino también en clave de solidaridad humana y, aún más, por eficacia histórica.

Creo firmemente que nos encontramos en un momento histórico apasionante y si Copérnico fue capaz de poner las cosas en su lugar, de marcar el paso de una etapa a otra de la historia... Nosotros también, en la superación de la visión individualista e instrumental del rol de la persona dentro del escenario económico, seremos protagonistas irrenunciables de la posibilidad de una economía donde la centralidad sea el "nosotros" y la dignidad de la persona humana.

Perspectiva utópica si se quiere pero en el sentido realista del término que rechaza una situación inhumana y se propone relaciones de justicia y cooperación entre las personas.

La solución humana del problema económico no tendrá su última palabra ni en el sistema, ni en el modelo, sino en el espíritu de solidaridad que seamos capaces de invertir en la humanidad, y a partir de este espíritu busquemos una producción concreta del modelo económico, de mayor participación de todos en la riqueza producida por la sociedad.

Es un desafío su puesta en práctica, exige seriedad, entrenamiento cotidiano, sacrificio.

Se emplee o no el término utopía, lo importante es estar convencidos de que el hoy de la humanidad nos permite vislumbrar la posibilidad de forjar una situación distinta a la actual y esto es un deber de cada uno de nosotros independientemente del lugar que ocupemos en nuestra sociedad.

^{i **} Cristina Calvo

- Doctorando (Phd) en Sociología Económica
- Coordinadora Institucional de Caritas Argentina
- Coordinadora de la "Mesa del Diálogo Nacional", proceso entre Gobierno, sector privado y soc.civil
- Miembro titular del Consejo Académico del "Foro Federal de Investigadores y Docentes en Economía Social y Desarrollo local" convocado por el Ministerio de Desarrollo Social y Economía del Poder Ejecutivo de la Nación
- Miembro titular del International Bureau of Economy and Work, organismo consultor del Consejo Económico-Social de las Naciones Unidas
- Miembro de la Red Internacional de Expertos en Diálogo Democrático del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)
- Miembro del "Comitato di Informazioni ed Iniziative per la Pace (COMIN)", organismo consultor de la Unión Europea
- Expositora invitada de la Cátedra de "Ética y Desarrollo" de la Universidad de Buenos Aires, a cargo del Dr. Bernardo Kliksberg, auspiciada por el Banco Interamericano de Desarrollo
- Docente invitada del Instituto Teológico Pastoral de la Universidad del CELAM con sede en Bogotá (Colombia)
- Miembro de la Secretaría Internacional del proyecto mundial "Por una Economía de Comunión" del Movimiento de los Focolares y responsable para el habla hispana
- Miembro del Centro Internacional "Escuela Abba", dedicada al estudio de nuevas líneas de pensamiento para una cultura renovada, con sede en Roma
- Consultora del Consejo Profesional de Ciencias Económicas en materia de Tercer Sector y Sociedad Civil
- Escribió artículos en publicaciones profesionales y de divulgación general